

El desastre del 98 en la literatura española de la época

Carlos Barbáchano

Una buena parte de los escasos comentaristas e investigadores que se han ocupado de este asunto recientemente abundan en el hecho de que no hay una literatura del Desastre. «¿Dónde está, si no, la novela de la guerra de Cuba?, ¿dónde el drama colonial, la epopeya de los combates o, tan siquiera, la lírica nostalgia de las perdidas bellezas caribeñas?», se pregunta Carlos Serrano en su estudio «Conciencia de la crisis, conciencias en crisis», publicado el mismo año del centenario en la panorámica *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*¹. Por su parte, Francisco Martínez Carbajo, editor de una de las pocas novelas ambientadas en la guerra hispanocubana, *El separatista*, de Eduardo López Bago, constata al inicio de su estudio preliminar: «Han transcurrido cien años de la desaparición del dominio español en tierras americanas y aún permanece viva la memoria de este desencuentro. Sin embargo, un hecho de tan indudable trascendencia no ha merecido por parte de la narrativa de la época la atención suscitada por otros acontecimientos de naturaleza épica semejante»².

Esa es la tónica que podemos encontrar en muchos de los trabajos aparecidos al hilo del último centenario. El traumático final de la guerra de Cuba es abundantemente tratado en los medios de comunicación de la época, incluso en la literatura popular, encarnada en el *Cancionero del 98*³ y en las zarzuelas de la época, muy especialmente en *Cádiz y Gigantes y cabezudos*. Poco rastro podemos, sin embargo, hallar del mismo en la literatura española de autor y, desde luego, su reflejo literario no resiste comparación alguna con la guerra de Marruecos y no digamos ya con la guerra incivil, por decirlo unamu-

¹ Edición de Juan Pan-Montojo. Alianza Editorial, Madrid, 1998, pág. 335.

² *ELP: El separatista*. Ed. de Francisco Gutiérrez Carbajo. Clásicos Castalia, Madrid, 1997, p. 7.

³ *EDICUSA*, Madrid, 1974. 1ª edición.

nianamente, fuente inagotable de inspiración de numerosas obras artísticas y literarias dentro y fuera de España.

Antes de entrar en lo que significa la crisis del 98 para los escritores de la Restauración, cuya generación –no conviene olvidarlo– ejercía el poder en aquellos momentos, y para los regeneracionistas y modernistas –parte de ellos llamados después noventayochistas por *Azorín*–, conviene aclarar que lo que para una buena parte de ellos constituye el Desastre, materializado en la pérdida de las colonias ultramarinas y muy particularmente de Cuba, para otros supone un renacimiento, una suerte de borrón y cuenta nueva. Para éstos las colonias eran ya un pesado lastre del que España se debía liberar, una fuente de gastos y desgastes más que de ingresos y satisfacciones. Leopoldo Alas, «Clarín», probablemente el crítico político-literario más tenido en cuenta a finales de siglo, dice en uno de sus «paliques», a propósito del entonces ampuloso IV Centenario de la llegada de Colón a América: «¿Colón dio un mundo a España? Bueno; pues devolvédsele».

Justamente «Clarín» va a ser uno de los pocos escritores españoles que, desde la tribuna de prensa, más va a luchar en la última fase del conflicto hispanocubano por la autonomía de la isla, que de haber sido ofrecida en su momento –nos recuerda– tantas pérdidas humanas y sufrimientos hubiera evitado. Suya será la famosa frase de «Cuba es España» escrita en los momentos en que la España de San Quintín y Lepanto proclamaba a los cuatro vientos que «Cuba era de España»⁴.

Partidario al principio de la autonomía y después de la emancipación, Francisco Pi y Margall es otra de las pocas voces que reconocen los derechos de los patriotas cubanos al proclamar que Cuba es hermana y no sierva. En junio de 1894 propone la autonomía de las colonias, «a par de las regiones de la península». Primero en *El Nuevo Régimen* y luego en las páginas del semanario satírico ilustrado *Don Quijote*, Pi y Margall defenderá a lo largo de la década de los noventa la razón de los combatientes cubanos, recordando a los españoles que ellos también pelearon por su independencia: «Nación alguna –nos señala– tiene derecho a ocupar territorios que otros hombres pueblen, como éstos no se lo consientan». Y tras evocar las luchas de los habitantes de la Península contra los romanos y los árabes –«tan españoles

⁴ Los artículos de «Clarín» referentes a la guerra de Cuba pueden encontrarse en la edición de Yvan de Lissorgues «Clarín» político, prólogo de Gonzalo Sobejano, editorial Lumen, Barcelona, 1989, 2 vols.

como nosotros»—, se pregunta: «¿Es justo que califiquemos ahora de bandoleros a los que contra nosotros se alzan por su independencia? Por unos mismos hechos y por una misma causa, ¿han de ser calificados allí de bandidos los que aquí calificamos de héroes?».

Estas preguntas tan atinadas pertenecen a su extraordinario artículo «Cuba», publicado en *Don Quijote* en julio del 95. Un año después, en septiembre del 96, recuerda que España quería civilizar a América cuando «antes debe civilizarse ella restableciendo la justicia». Y difícilmente puede otorgarse semejante papel a un país en el que prevalecen el caciquismo, la miseria, la explotación y la injusticia, prosigue el escritor catalán en 1897. Cuando, asesinado Cánovas, se proponga tarde y mal una solución autonómica a los «insurrectos», Pi y Margall replicará en enero del 98 en el semanario *El Nuevo Régimen*: «Los insurrectos de Cuba no aceptan la autonomía que les ofrecemos: así las cosas, opino que debemos resignarnos a perder la isla». Como señalan Antonio Elorza y Helena Hernández en su oportuno libro *La guerra de Cuba (1895-1898)*: «A partir de ese momento, todos sus esfuerzos se concentrarán en conjurar el peligro de guerra con Estados Unidos». El 16 de abril del 98 concluiría en la misma tribuna: «Hoy como ayer opinamos que a todo trance hay que evitarla» y «más tarde sólo quedará exigir la paz cuanto antes y recordar las responsabilidades de «la prensa infame» que alentó el belicismo»⁵.

Esa prensa infame se vende igualmente en Madrid o en Nueva York, y con similar éxito. La manipulación de los hechos de la guerra es tan vergonzosa en un lugar como en el otro. Romero Robledo y Hearst se dan realmente la mano. Los «cerdos» yanquis contra el dorado león que sostiene el escudo de España. O el águila del nuevo imperio contra los miserables enanos españoles.

Frente a la racionalidad y la buena conciencia histórica de Pi y Margall y de Leopoldo Alas que representan la España progresista y liberal, el pensamiento de la mayoría conservadora, simbolizado en la política de gastar «hasta la última peseta» en una guerra sin cuartel y sin fin, encuentra su lírico cantor en Menéndez Pelayo: «Cuba, vergel florido, regado por sangre de la patria, que para los hijos ingratos ha tenido siempre blando y amoroso perdón, no puede dejar de ser española, porque es la joya más preciada de la corona de Castilla, y antes que dejarla perder habría de deshacer la patria entera, y sobre nuestro rico

⁵ *Op. cit. Alianza Ed. Madrid, 1998, pp. 358 y 359.*

suelo no quedar un solo hombre capaz de empuñar un arma de combate», proclama don Marcelino en su artículo «Cuba», aparecido curiosamente en el mismo semanario *Don Quijote* un año después, en mayo del 96, de que apareciera bajo ese mismo título el artículo de Pi y Margall. Lirismo y calenturas patrióticas al margen, el ilustre filólogo razona a su manera: «Las colonias pueden emanciparse y se emancipan cuando de la Metrópoli les separan condiciones étnicas y filológicas, cuando la raza indígena se ha mantenido pura y sin mezcla, cuando el territorio ocupado constituye un objeto de comercio. Mas lo que no es posible, es que de la patria se separe una provincia por la infamia de esos insensatos bandidos, que no tienen siquiera el valor de sus robos y asesinatos y que encubren en sus hazañas de presidiarios en libertad al amparo de una idea política»⁶. Sería interesante contrastar esas dos «Cubas» entrevistas por Menéndez Pelayo y Pi y Margall para comprobar la insalvable distancia que ya a finales del siglo XIX existía entre la España renovadora y liberal y la España tradicional y conservadora, distancia que propiciaría el enfrentamiento incivil –tan preclaramente anunciado por Antonio Machado– entre los españoles de ambos signos en 1936.

Conforme la guerra avanza hacia su término, las voces del militarismo a ultranza, del honor nacional ofendido, van adquiriendo más resonancia. Incluso el republicanismo populista español, encarnado por el joven Blasco Ibáñez, se manifiesta contra los Estados Unidos «en nombre del honor nacional». El mismo que escribiera «en un mundo tan bello, los hombres consideran la más digna y honrosa de las profesiones hacerse polvo a cañonazos por cuatro pedazos de tierra», Vicente Blasco Ibáñez, llegará a criticar al general Weyler por su «exceso de escrúpulos» en la política de represión. «Como españoles –declara en agosto del 96–, protestaríamos con toda el alma si se permitiera terminar la guerra de Cuba de un modo deshonoroso para España, o se quisiera abandonar la isla, que todos los españoles tenemos la obligación de defender como una parcela de nuestra historia»⁷. Dos años después el enfrentamiento con los Estados Unidos era ya inevitable por ambas partes. La ceguera del populista reaccionarismo deslizaba, además, perlas como ésta, publicada en *Pueblo* en mayo de 1898: «Somos el pueblo más viril de Europa, y de América, y de todo el

⁶ Fin de siglo: Modernismo, 98 y bohemia, ed. de Iris Zavala. Col. Los suplementos, EDI-CUSA, Madrid, 1974.

⁷ Vide nota 6.